

ANÁLISIS DE LOS ESCRITOS SOCIALISTAS DE DOMINGO DORESTE (1925)

María del Carmen García Martín

Que las cosas puras no se contaminen;
que las cosas grandes no se empequeñezcan,
es lo menos que puede exigir la honradez humana,
innata hasta en los que según El Defensor,
estamos abocados a la apostasía.¹

Introducción

Miguel de Unamuno dijo en una ocasión que no existían las opiniones sino los opinantes. Domingo Doreste fue uno de los *opinantes* que formaron parte de la generación más importante de la España moderna, generación que, debido al intenso flujo de escritos sociales, políticos y culturales que vio la luz durante su presencia histórica, se autodenominó “generación de intelectuales”. Fruto de la confluencia de la citada promoción de escritores, literatos, eruditos y científicos, considerada nominalmente como “Generación de 1914” y de la anterior, ahora conocida como “Generación de fin de siglo”, surgió en el panorama cultural canario del primer tercio del siglo xx este licenciado en Derecho, ensayista, periodista, orador, pedagogo a ratos, que publicó sus trabajos bajo el pseudónimo de “Fray Lesco”.

En la historia de la literatura canaria Domingo Doreste ha sido considerado uno de los representantes generacionales más eruditos, pues “desde su pequeño rincón atlántico, leyó y comentó, siempre con acertados juicios, todo aquello que llamase su atención, desde cuestiones políticas hasta problemas educativos, sin olvidar, por supuesto, cualquier tipo de expresión artística: pintura, arquitectura, literatura, etc.”.² A través de su actividad pública materializaba la actitud que, en España y bajo la influencia francesa, se conoció desde 1898 como intelectual. Su meta fue, como la de la mayoría de los intelectuales españoles, formar hombres competentes mediante la educación y la cultura política, investigar los problemas nacionales e insulares, alcanzar una suerte de “yo contemporáneo” que lo equiparase con el resto de los intelectuales europeos, especialmente italianos en su caso. Aquel grupo fue la fuerza anímica que dio nueva vida a la maltrecha nación.

Desde principios del siglo xx, cuando se asistió en España a la crisis espiritual motivada por la pérdida de las últimas colonias, se dio la concatenación de circunstancias que generaron una situación social y política, también crítica, que desembocó en la Dictadura de Primo de Rivera primero, y en la Guerra Civil después: se abandonó el llamado positivismo no-crítico o vulgar, se desarrolló la sociología y, paralelamente, la lucha de clases; estalló con mayor virulencia la imagen de las dos Españas, una en el poder y la otra, la mayoritaria, al margen del sistema político establecido. La segunda España era la del estudio, la ciencia y el trabajo, la de la juventud y los intelectuales, de donde debía surgir la nueva elite gobernante. Era la patria que aún estaba por crear a partir de la comprensión de nuestra propia historia y de una conciencia crítica que aspirase a una vida de perfecta modernidad. En el lado opuesto, impertérrita, la España oficial ajena al cambio histórico, la del turno de partidos, la

monarquía y la dictadura, la de la iglesia y el ejército, la de la sacralización de las instituciones y las estructuras sociales preestablecidas. Éstas eran las dos Españas, incompatibles y contrapuestas. El brusco choque entre ambas fue el que generó el desasosiego entre los intelectuales, la razón de su protesta, su anhelo de regeneración moral, social, política. Y también de él brotó su pesimismo ético.

Nuestros gobernantes eran incapaces de resolver los conflictos que generaban los acuciantes problemas nacionales, las nuevas corrientes políticas y el desarrollo del ingente movimiento obrero. Así se llegó a la dictadura militar. Su lema fue “Patria, Religión y Monarquía”, y estuvo amparada, en un principio, por el ejército, la burguesía, ávida de la estabilidad y el orden que el nuevo régimen le proporcionaba, los grandes terratenientes y los estamentos eclesiásticos. Durante este período se aseguró la paz social, la prosperidad material acreditada por numerosas obras públicas, el entendimiento con la Unión General de Trabajadores y con el Partido Socialista, pero falló la práctica política, motivo por el que se buscó una nueva forma de gobierno que llegó en forma de república.

Éste fue el marco en que se desarrolló la actividad pública de los intelectuales que, como Doreste, se ocuparon de la política. Ortega y Gasset, uno de los espíritus nacionales más activos de la época señaló, en 1927, que España era el único país donde los intelectuales se ocupaban de la política inmediata. Al decir esto se refería a la intensa actividad política desplegada por los universitarios y otros grupos intelectuales opuestos a la dictadura del general primo de Rivera.

Ante la referida situación, la mayor parte de la clase culta se aproximó al socialismo como única posibilidad de acabar con el atraso estructural y cultural que evidenciaba el país en un momento en que Europa emprendía el camino hacia la modernidad. Para comprender el itinerario intelectual del socialismo español, al que se sumó Doreste con la serie de artículos que aquí analizamos, y que llevan por título “Frente al socialismo”, se hace necesario conocer la postura de los dos pensadores más influyentes de las generaciones que transitaron juntas durante el primer tercio del siglo xx en España: Miguel de Unamuno y Ortega y Gasset.

Unamuno se declaró en 1894 socialista convencido. Sostenía que el socialismo traería la liberación del obrero, la transformación de las instituciones sociales y culturales, la introducción de la humanización en las relaciones entre los hombres y la emancipación del pensamiento y de la cultura en general a la vez que el auténtico desarrollo del cientifismo. A partir de la confluencia de estas circunstancias propicias, llegaría el socialismo como resultado de la evolución natural del capitalismo. Partidario de una teoría socialista que sirviera como instrumento de concienciación del movimiento, afirmó que, en la práctica, era el movimiento el que conducía a la idea. Ésta era la manera que tenían los explotados de adquirir dignidad humana frente a la burguesía explotadora.

Ortega y Gasset se centró, entre 1907 y 1909, en la elaboración de la teoría del nuevo liberalismo que, desde su óptica, debía ser de origen socialista, pues sólo con el socialismo podría llegar la “europeización obrera” de España y la variación constitucional de un estado sin violencia. Para él el socialismo impondría la cultura y la justicia social.

En Canarias, el período histórico que comenzó a partir de la I Guerra Mundial, fue uno de los más críticos social y económicamente. La sociedad canaria era una sociedad atrasada y, en su conjunto, se hallaba dividida en dos bloques abiertamente separados: los terratenientes

y los grupos dominados, que eran la mayoría y que fueron los que sufrieron el paro, el alza de precios y la escasez de alimentos en la posguerra.

En Gran Canaria la muerte de León y Castillo en 1918 y la consiguiente desaparición del Partido Liberal hicieron que se reprodujera tardíamente una configuración gubernativa próxima a la nacional por medio de la fundación de partidos de todas las tendencias: conservadores, regionalistas, republicanos y socialistas. Las organizaciones obreras conocieron, igualmente, un grado de organización superior a partir de la Guerra Mundial, y llegaron, en 1923, a la formación de la Federación Obrera de Gran Canaria. El cambio de mentalidad que implantó el sufrimiento de la guerra generó un notable avance en la conciencia social entre los trabajadores canarios, aunque al término de la Dictadura el asociacionismo popular se ceñía a los núcleos capitalinos.

La Primera Federación Socialista no se fundó en Las Palmas hasta el 1 de enero de 1920 y su función, hasta el triunfo de 1931, fue la de controlar y denunciar las irregularidades que pudieran apreciarse en la corporación municipal. Durante la Dictadura, la actividad pública de los socialistas disminuyó considerablemente. Como acertadamente señaló Pilar Mateos Calvo,³ si la nula presencia socialista en las Corporaciones u Organismos Públicos se debe a una decisión propia y no a una imposición de los políticos afines al nuevo régimen, nos encontraríamos ante una posición opuesta a la que adoptó la Ejecutiva nacional. Esta actitud quedó ratificada al caer el régimen militarista, cuando los socialistas declararon que se habían alejado del Ayuntamiento porque no querían participar en un régimen anticonstitucional. Fue durante la II República cuando la política, hasta entonces en poder de la oligarquía insular, pasó teóricamente a la clase obrera.

Siguiendo la tesis defendida por Miguel Suárez Bossa,⁴ podemos afirmar que en Canarias no existió el tipo de intelectual que, a la manera de los que en la Península se aproximaron al PSOE, considerase vital su integración en otras fuerzas sociales. Sin embargo, alrededor de la Federación Obrera de Gran Canaria pulularon personalidades como Rafael Ramírez, Francisco González Díaz, José Rial y, por supuesto, Domingo Doreste.

Hemos visto cómo las primeras décadas del siglo xx estuvieron marcadas por la ebullición de una serie de ideas y concepciones de toda índole que signaron la línea divisoria entre el antiguo y el nuevo siglo. El sentido cultural y político que debía tutelar a la sociedad varió, con mayor o menor fortuna y con mayor o menor velocidad, en los países europeos. Cambiaron las ideologías, los dirigentes, los emblemas, las formas de pensar; sólo el catolicismo, especialmente el español, cerraba los ojos ante el resplandor de novedad.

A la Iglesia se le reprochó la escasa densidad de su pensamiento católico, sus insuficientes convicciones de fe y sus exiguas energías de virtud. Durante los siglos xix y xx se preocupó más por salvar su ideología y su posición, y se olvidó de sus tareas sociales; se replegó sobre sí misma y organizó su vida al margen de la sociedad civil, laica e incrédula. Las masas desertaron de la religión como respuesta a la indiferencia que ante su miseria evidenciaban la Iglesia y sus representantes, y se aproximaron al socialismo, cuyos baluartes abogaban, ante todo, por la justicia, la igualdad y la cultura. De todo lo dicho se deduce con facilidad que las causas de la apostasía de los obreros son interiores al catolicismo, que no supo desarrollar una labor correcta de socialización en la religión verdadera y que incumplió el mensaje de Jesucristo.

En Las Palmas de Gran Canaria se dieron, como ya apuntó Agustín Millares Cantero,⁵ contados brotes de anticlericalismo hasta abril de 1931: uno en 1905, a causa de la visita a las islas de la dirigente republicana Belén Sárraga y su marido, y otro en 1920, cuando se inició en *El Tribuno* una campaña periodística de marca anticlerical y se comenzó a editar el semanario *El Clarín*, de idéntico signo.

Capítulos de la polémica

En la descrita encrucijada histórica, social y cultural escribió Domingo Doreste “Frente al socialismo”, una serie de cinco artículos publicados entre el 16 de enero y el 17 de febrero de 1925. Al tercero de ellos pertenecen las palabras con que hemos comenzado este texto, porque consideramos que son expresión acabada de todo cuanto su autor defendió en el comprometido campo de la religión y síntesis de las ideas que desgranó a lo largo de su dilatada vida literaria. Revelan su ideario de hombre católico y honrado que invoca la vuelta a la pureza del cristianismo originario.

La materia que da forma a cada uno de los artículos es la misma: la orientación del clero, sobre todo local, ante el socialismo, al que teme y denigra, y ante el obrero, al que arrincona en su desgracia, y el socialismo, al que consideró el único sistema que buscaba constantemente la justicia social. En mitad del pesimismo ético que invade sus párrafos encontramos, por último, un ápice de confianza puesto en lo que él designó como “universalismo cristiano” y que podemos entender como punto culminante del renacimiento espiritual que embargó al hombre durante el período de entreguerras. El propósito que los guía es “sacudir los espíritus y promover una preocupación de orden trascendental”⁶ en una sociedad adormecida en sus convencionalismos.

Al margen de estas pautas se vio obligado, a raíz del primer escrito, a contestar y comentar la repercusión que sus palabras tenían en *El Defensor de Canarias*, desde donde se inició una doble campaña en su contra. En primer lugar aparecieron seis artículos que, bajo el epígrafe “En defensa de la verdad”, se dedicaron a explicar la postura de los verdaderos católicos ante la nueva realidad social y política. Acusaron a Doreste de no escribir ni con el corazón ni con la conciencia unas palabras sangrientas que tenían como único fin sembrar la cizaña y presentar al sacerdote como enemigo del obrero. No entendían cómo un autor que presumía de serenidad espiritual era capaz de hacer literatura barata subrayando, cada vez que se le presentaba la ocasión, unas ideas subversivas que no justificaba de manera convincente.

En segundo lugar apareció otra serie de seis artículos firmada por Fray G. M. El primero de ellos lleva por título “Del otro mundo”, porque su autor simula ser un fraile que, desde el cielo, contempla la polémica entre Doreste y el diario católico. A partir del segundo toma el encabezamiento “¿Es lícita o ilícita la huelga?”. No revisaremos esta etapa de la polémica en el apartado siguiente, como sí haremos con la anterior, por no tener espacio material para ello. Por esta razón haremos ahora una sinopsis. Fray G. M. consideraba que la cuestión social era una cuestión moral y de conciencia, y que el cristianismo era la única fuerza capaz de producir la paz social. Defendió la licitud jurídica de las huelgas siempre que no fuesen originadas por el asco al trabajo, por móviles injustos, como la ambición desmedida de aumento de salario, o por un fermento político revolucionario. Apostaba por la solución pacífica de los problemas entre obreros y patronos a través de un Tribunal de Conciliación o, en una última instancia, mediante el arbitraje. La huelga se podría evitar siempre que los obreros trabajasen mucho y con una remuneración holgada, y los patronos no se opusieran a los salarios justos. Lo que sí censuró fue la huelga general, como la que siguió al fusilamiento

de “aquel traidor enemigo de España, de enana talla intelectual”⁷ que fue Ferrer, pues este tipo de huelgas paralizaba la riqueza y la prosperidad de la nación entera.

Las respuestas que Doreste otorgó a estos artículos estaban cargadas de una alta dosis de ironía. Los juzgó inofensivos, vacíos de contenido y mal escritos, hijos de la tontería y de la mala fe.

Elementos significativos de “frente al socialismo”

Quintaesencia del socialismo

Doreste se definió, de forma taxativa, antimarxista. Partió de la idea de que el socialismo era anterior a Marx, creador de una doctrina, el materialismo histórico, pero no del socialismo en su conjunto. De ahí su rechazo a cualquier intento de sistematización en el que se pretendiera atribuir un movimiento colosal, como era desde hacía décadas el socialismo, a la doctrina marxista, pues históricamente se había demostrado que la doctrina vino *a posteriori*. No obstante, reconoció la magnífica clarividencia que guardaba una parcela de la teoría de Marx, secundada en parte, por una verdad incólume: la necesidad de renovar la sociedad.

El socialismo, a través de sus diferentes planteamientos teóricos, (socialismo moderado, utópico y comunismo, entre otros), y sus variados métodos, entre los que Doreste destacó dos tipos de revolución, la parcial a corto plazo y la revolución legalizada desde arriba, preconizada por Stalin en el modelo soviético de transición al socialismo, y en España por Maura, perseguía siempre la transformación del orden social. Y era el cariz regenerador del programa socialista, independientemente de los medios que sus prosélitos empleasen para lograrlo, lo que más temían los paladines del orden establecido.

El apoyo ideológico que “Fray Lesco” le prestó al socialismo se debió no tanto a sus principios teóricos, como a los hechos prácticos que lo avalaban: el descanso dominical obligatorio, la reducción de horas de trabajo, una ley que indemnizara al obrero en caso de accidente, etc. La consecución de estos derechos, que debieron ser siempre inherentes a la condición trabajadora, fue la causa de que Doreste alabara al socialismo que “nos ha dado fuerza para resistir y para imponer justas reivindicaciones, nos ha libertado de aquella vergonzosa tragedia de la miseria y del abandono en medio del arroyo”.⁸ Desde su punto de vista ésta, y no otra, había sido en las últimas décadas la lógica, quizá demasiado “simplista”, que había movido al obrero a autodenominarse socialista y a sorprenderse ante las diatribas que el socialismo sufría desde el púlpito.

Otro de los puntos que Doreste expuso fue aquél que se refiere al tratamiento de la propiedad privada. Lo más realista no era abolirla de cuajo, como pretendía el colectivismo utópico, sino limitarla. Consideró que esta limitación debía estar tutelada por el Estado a través de una serie de medidas legales. Así se salvaba el principio de Justicia.

Finalmente, Doreste citó a Pablo Iglesias y a Andrés Saborit, hombres de ciencia, como definió a los socialistas,⁹ y principales valedores del Partido Socialista Obrero Español, y encontró que no había en ellos un grado más alto de apostasía que el que existía en el resto de la masa. Para el escritor canario era claro que el nivel demoledor de deserción de lo católico se daba en todos los órdenes, tanto doctrinales como prácticos, de la vida.

Mentalidad decrepita: ranciedades mentales

Con esta fórmula denominó el conjunto de creencias inamovibles que jalonaban el pensamiento de aquellos “católicos tímidos comoavecillas”¹⁰ que temían las consecuencias del cambio estructural que recorría las entrañas del país desde 1875. En su argumentación partió de los anatemas que a menudo oyó desde los púlpitos de las iglesias de Las Palmas, y que lamentaba profundamente.

Los oradores canarios no cesaban de hablar de la “herejía del socialismo” al que le añadían, a la manera de condimento, caracteres de anarquismo, masonería y satanismo. Doreste no entendía cómo podían imaginar que “detrás de una doctrina no católica se oculta un interés sectario (...) Sobre todo es muy fantástico eso de suponer una secta oculta, como una especie de laboratorio en el que se inventan todos los errores y todas las revoluciones en odio a la Iglesia”.¹¹ De este tipo de cavilaciones surgió la relación que a menudo se establecía entre los orígenes del socialismo, la rebelión de Lutero y los centros neurálgicos de la Masonería, nexo imaginario que, según el propio Doreste, no merecía más gesto de desdén que una sonrisa. La conclusión que extrajo a partir de todo cuanto oyó y leyó era que este clero necesitaba la existencia de enemigos para sobrevivir, y cuando estos no tenían una actividad real, terminaban por inventarla: se les juzgaba rápidamente y se consideraba que todo lo que venía de ellos era intrínsecamente malo. Para ellos los enemigos eran siempre adversarios y encarnaciones del demonio. Así definió la actitud de este “catolicismo a machamartillo”

que anatemiza sin distinciones, que condena sin discernimiento, que atribuye a impiedad todo error, que prácticamente niega a la razón natural humana el honor que merece, se me antoja hijo de una flaqueza, de una actitud de temor que se compadece mal con una fe robusta. De pusilanimidad nace su actitud de fiereza, de perenne lucha con un adversario, que se inventa cuando no existe. De aquí también el amañar la Historia cuando se teme que no suministre las armas apetecidas; el confiar demasiado en medios humanos para lograr el triunfo, el presuponer de un modo genérico el odio contra el catolicismo.¹²

Lo que le enojaba profundamente era que debido a esta obsesión catastrofista se consideraba al socialismo, como ya se ha dicho, un movimiento subversivo, y a los obreros, unos pervertidos. Las organizaciones católicas imprecaban al obrero para que se apartase de toda federación constituida, a través de la cual podría hacer política de clase como la que ponían en ejercicio los capitalistas, y recomendaban la resignación. Ante esta orientación, equivocada e injusta, de la cuestión social, Doreste se preguntó

con dolor de hombre y con dolor de cristiano: ¿qué piensa nuestro clero del socialismo?- Hace meses también pregunté a un fraile estudioso: ¿qué debe pensar un católico de la cuestión social? Y me contestó incontinentemente: que es una cuestión de conciencia.- ¡De conciencia, sobre todo para los ricos! -Nada menos que una cuestión moral.- ¿En qué quedamos? -¿Ha venido el socialismo sencillamente a perturbar el orden social, como parece que creen los alarmistas de la cátedra sagrada y del periodismo católico, o a plantear una cuestión moral?¹³

La Iglesia resolvía la cuestión social básicamente a través de la socialización de una fraseología, que actuaba como una suerte de guardia civil del pensamiento, al que sustituía, y de la caridad. Doreste citó, a modo de ejemplo, una de las frases lapidarias que más efecto

causaban en la conciencia del obrero católico, “pan y hoja de catecismo”, entendidos como símbolos de limosna, que debía saciar las necesidades materiales del obrero, y de cristianización como fuente del espíritu. Doreste admitía que la frasesita podía tener fortuna como fórmula oratoria, pero no como programa teórico de una política social, pues no resolvía los problemas humanos más serios.

Doreste desaprobó la vacuidad del limosneo que cultivaban los católicos acaudalados en sus ceremonias distinguidas en las que las señoras, ricas además de “tacañas”, rezaban y recogían una colecta para los pobres que no solía sobrepasar las seis pesetas. Por añadidura, temía que aquellas fiestas elegantes de caridad no fuesen “tan puras como nos las pintan los tiernos cronistas”.¹⁴ Para “Fray Lesco” este tipo de limosna no era suficiente porque sólo se buscaba el apostolado y la redención social. Así entendida, la caridad podía santificar al que la practicaba, pero tenía escaso valor social, a no ser que el dinero se materializase en la construcción de hospitales, asilos y universidades. Al mismo tiempo que señaló con dedo acusador estas fiestas elegantes de caridad, que tanto proliferaron en la ciudad, especialmente a raíz de la llegada de los jesuitas en 1917, denunció la práctica religiosa de algunos de los sacerdotes que acudían a este tipo de reuniones y que trataban de fomentar la piedad en lo que parecían oratorios privados.

En este punto recordó lo acaecido en 1922. Ante la penosa situación en que se encontraba Rusia a causa de los efectos del bloqueo aliado, de la devastadora guerra civil, de la disminución de la producción industrial y agrícola y de la consiguiente escasez de alimentos y combustibles, Doreste promovió desde las páginas de *La Jornada* una colecta a favor de los “hambrientos rusos”,¹⁵ siguiendo las pautas marcadas por Gregorio Martínez Sierra, iniciador de las colectas pro-Rusia desde la prensa madrileña. La campaña fue acogida por otros elementos valiosos de Las Palmas como Francisco González Díaz, Juan Sosa Suárez o Claudio de la Torre, y algunas sociedades, como la del “1.º de mayo”, que realizó una importante labor en los barrios obreros, la “Filarmónica”, “Fomento y Turismo” o el “Gabinete Literario”. Se celebraron numerosas reuniones, fiestas, mítines para recaudar dinero, y la prensa se llenó de escritos en los que se informaba de la situación en Rusia,¹⁶ se llamaba a la colaboración ciudadana,¹⁷ se daba cuenta de los progresos de la colecta,¹⁸ y se reseñaron los dictérios que, desde la prensa conservadora y católica, se alzaban en contra de los que habían iniciado la campaña,¹⁹ aseverando mediante expresiones efectistas que el dinero no iba a parar al pueblo, sino a los soviets y que mientras Lenin y sus camaradas comían bien, el resto de la población se veía obligado a comer las ratas que vagaban por los secos y destruidos campos.

Tres años después Doreste volvió a repasar con severidad cuál había sido la postura adoptada desde la Iglesia ante aquella actividad calificada desde su órgano de expresión, *El Defensor de Canarias*, como colecta laica, en oposición a la que se llevaba a cabo en los templos, a beneficio de los niños austriacos y católicos. Aunque en su momento le alegró profundamente saber que Benedicto XV había colaborado con una considerable cantidad de dinero para aliviar las penurias de los rusos, lamentó que la Iglesia de Las Palmas no respondiera con igual gesto. Aquí se había olvidado la parábola del buen samaritano y, en consecuencia, se practicaba una caridad confesional, por mucho que desde diversos estamentos eclesiásticos se impugnase este tipo de acusación.

A Doreste le afligía apreciar en el clero local posturas intransigentes como la citada, porque así se exteriorizaba su nula capacidad de adaptación a los tiempos contemporáneos. Sus reflexiones le llevaron a advertir que

Si el clero no se da cuenta de la actualidad, me temo que no logre acabar de desvanecer los recelos de las masas populares militantes, ávidas de justicia y de la juventud consciente, ávida de verdad; me temo que sigan creyendo que la Iglesia es una aliada del capitalismo y una gendarmería de los poderosos: que no es capaz de sobreponerse a la mole de los intereses creados.²⁰

A consecuencia de lo anteriormente expuesto Doreste identificó una parte del catolicismo contemporáneo español con el anacrónico carlismo, ideología que había considerado cualquier forma de liberalismo paradigma de herejía, o “hereje, o carlista: no había término medio para un católico práctico en España”.²¹ Aclaró el autor que en su juventud dio con algunos carlistas que dejaron honda huella en su espíritu; lo que menos le gustó de ellos era su mentalidad, forjada a partir de la oposición de estas ideas. Casi medio siglo después del final de la Tercera Guerra Carlista aquella dañosa mentalidad continuaba empañando la conciencia de muchos católicos. En 1925 aún subsistía el consabido dilema, según el cual “o se es católico, según una pauta, o se es anticatólico”.²² Este tipo de dogma de carácter nacional había penetrado en la sociedad creando hábitos mentales también dogmáticos “y una psicología más o menos castiza”.²³ Éstas fueron, advierte finalmente Doreste, las propiedades que llevaron a su término el período de las luchas carlistas.

La prensa de signo católico, ejemplificada en *El Defensor de Canarias*, también le producía una triste impresión. Representaba una tendencia ultraconservadora e imperialista, foco del nacionalismo católico a que nos hemos referido. Además, técnicamente era imperfecta y, semánticamente se hallaba más próxima al devocionario que a la hoja de información. Sus actitudes inequívocas eran el ataque y la defensa; nunca “de tranquilo dique como sucede en otros países”.²⁴

Universalismo cristiano

Bajo esta conceptualización ubicó la dirección que tomó el mundo después de la guerra. Se había logrado pasar, proclamó con júbilo, del superhombre de F. Nietzsche al universalismo cristiano concebido y entendido, según sus propias palabras, por encima de las razas, de los pueblos, de los nacionalismos, de los intereses y de las clases sociales.

Este universalismo cristiano había sido el efecto más inexplicable y sorprendente del dolor que provocó la guerra. Había despertado

en las almas la aspiración religiosa, y singularmente un nuevo sentimiento del universalismo católico, con la tendencia a superar, no solo todo nacionalismo religioso, sino también el humanitarismo falso. Hasta el socialismo declina en el momento presente, para sumarse en el movimiento espiritualista, no ciertamente como un fracasado, sino como un luchador que ha cumplido en parte su tarea y se siente llamado a mejores destinos.²⁵

Por este motivo, porque la humanidad tendía hacia un espiritualismo inherente a su propia condición, consideró que la polémica que se empeñaba en mantener *El Defensor* contra sus afirmaciones, era inactual. El hombre sentía, en aquel momento histórico, hambre de verdad y empacho de sofisticaciones y dialécticas vanas que no debían alcanzar, bajo ningún precepto, a la religiosidad. La reacción espiritualista se manifestó, estimulada por los sufrimientos colectivos de los años de guerra y persecución, en la intensificación de las ideas

y sentimientos religiosos, visibles, ante todo, en las nuevas tendencias de la filosofía occidental, con autores como Unamuno o movimientos como el neoespiritualismo alemán. Advirtió que en Italia el fascismo había surgido a causa de la mixtificación en todos los órdenes de la vida; su tendencia “más simpática fue la de obligar a todo el mundo a manifestarse tal cual era. Se comprende -continúa-. Italia estaba hastiada de hipocresías: hipocresía socialista, católica, patriótica y demás”.²⁶

Había llegado el momento de cumplir el evangelio, de seguir el precepto “Id y enseñad”. La Iglesia estaba llamada a salir a la calle y enseñar al ignorante: los sacerdotes tenían que acercarse al Puerto de la Luz a disertar y predicar entre los obreros en lugar de seguir desempeñando el papel de capellanes de gente rica. Ésta debía haber sido siempre la función de la Iglesia; no la de fundar agremiaciones, ni cooperativas de consumo, sino la de impregnar todo ello de espíritu evangélico o alentar tales instituciones por su carácter benéfico. Si esta labor se hubiese puesto en práctica con anterioridad, exclamó Doreste acongojado, “¡Cuántos prejuicios contra el clero y contra la Iglesia se hubieran a tiempo desvanecido!”.²⁷

En este contexto se debía poner en práctica la caridad ideal y perfecta, la que acoge en su seno un avasallador sentimiento de fraternidad, poderoso para romper todos los diques y apoderarse de todos los resortes, incluso de la política: “esa caridad en potencia y en acto, resolvería la cuestión social”.²⁸ Si se lograra llegar al “pío comunismo de los primitivos cristianos de Jerusalén”,²⁹ principio de esta generosidad entendida como “universalismo de caridad”, se podría renovar la sociedad moderna, de carácter tan complicado.

No obstante, estas meditaciones en alta voz no venían avaladas por un sentimiento paralelo de esperanza. La cuestión social en el período de entreguerras era tan confusa que, incluso para un espíritu cargado de fe en la humanidad como “Fray Lesco”, la concepción de ese “universalismo” anhelado para dirigir el alma humana era, en extremo, una utopía, y como tal podría madurar en las almas escogidas, pero difícilmente lo haría en la sociedad en general.

En defensa de la verdad social católica

Al definir su postura frente al socialismo, los católicos de *El Defensor de Canarias* partieron de un juicio tajante: el socialismo era “herético, masónico y diabólico, enemigo de Dios y de la sociedad”.³⁰ porque pretendía exterminar la autoridad, la religión, la propiedad y la familia. Lo consideraron herético porque no era un sistema exclusivamente económico, sino que además pretendía ser, como propagaron Marx, Engels, Bebel y otros progenitores y corifeos, un sistema religioso, moral y político; masónico porque arrancó desde la rebelión de Lutero, que pronto encontró apoyo en la secta masónica, y diabólico porque negaba la existencia de Dios, la verdadera felicidad, que era la celestial, y aceptaba sólo un concepto material de la vida. Estaba a las órdenes de los enemigos de Dios, por mucho que Doreste se empeñase en ubicarlo dentro de la corriente espiritualista que envolvió a Europa tras la Primera Guerra Mundial. El mal seguía latente, “la fiera sólo está amordazada por circunstancias de momento... Pero piensa, siente y quiere como antes”.³¹ Por eso no carecía de actualidad aquella polémica.

Junto al socialismo se encontraban doctrinas como la acracia, el paganismo, el ateísmo, etc. Estimaron que para ser lógico el socialismo debía ser necesariamente ateo y buscar la destrucción completa de la sociedad, a la que consideraba mala por naturaleza. El primer paso para instaurar la nueva sociedad consistía en incitar la lucha de clases y destruir el

fundamento de la comunidad anterior, la religión. Por esto era ateo. Esta forma de pensar quedó intensificada a través de la siguiente afirmación, según la cual, para ellos, “el socialismo es la proclamación de la independencia del hombre y de la sociedad de Dios; en la práctica es la lenta o violenta abolición de los organismos sociales que impiden esta independencia sustituyéndolos con nuevas doctrinas e instituciones”.³²

Los principios que conformaban la ideología socialista eran incompatibles en extremo con el credo social-católico. Es más, los principios morales y religiosos que defendía el socialismo eran precisamente aquellos que todo católico de verdad no debía acatar, bajo peligro de ser acusado de apostasía.

Desde el periódico de la Diócesis se pidió que no se confundieran cuestión social y socialismo, pues éste era sólo uno de los sistemas que ofrecía una solución, en este caso a todas luces irrealizable, de la cuestión social. Frente al socialismo, la sociología católica ofrecía otro tipo de remedios al problema social, remedios como las agremiaciones, que habían nacido en el seno de la Iglesia católica, aunque luego tomaran el carácter laico que les infundió el socialismo.

Las vilipendiadas “fiestas de la caridad”, en las que se practicaban buenas formas sociales, sólo buscaban obtener una finalidad social-católica y demostrar que las damas aristocráticas de la ciudad, a las que se había llamado “tacañas”, no temían las llagas de los pobres y enfermos. La Conferencia de San Vicente de Paul, a la que pertenecían aquellas damas, practicaban la limosna material,³³ pero había sido en el campo espiritual donde obtenían sus frutos más meritorios. Ésta era la verdadera caridad y no la que esbozaba “Fray Lesco”, quien creía que el socialismo no era herejía porque le había hecho mucho bien material al obrero. A diferencia de él, los católicos de *El Defensor* calificaban al sistema de herejético y ateo a pesar de sus ventajas materiales. Y así como el socialismo consideraba al clericalismo su enemigo, ellos también lo denunciaban. La única caridad efectiva era la de salvar “al obrero del mal temporal y eterno con justicia y caridad: con pan y catecismo”.³⁴

A través de las páginas del diario católico también se reconstruyó lo sucedido en 1922. En aquellos momentos de miseria la misión pontificia en Rusia había sido importante y eficaz, y para avalar tal afirmación, aportaron ciertos datos numéricos que se referían a la labor de los religiosos entre las familias rusas, el dinero invertido por las organizaciones de carácter devoto en comida, ropa y medicamentos y las cantidades de dinero en metálico con que contribuyeron tanto Pío XI como la Compañía de Jesús y otras diócesis europeas.³⁵ Sólo “Fray Lesco” no había sabido agradecer esta generosidad, por encima de razas y credos.

El cometido de la Iglesia era dar su paternal voz de alerta a los obreros para que no se afiliaran a aquellas agremiaciones que fueran “positivamente irreligiosas”, porque lo que más les convenía espiritualmente era el ingreso en las entidades confesionales que insuflaban resignación y oración, tanto en el pobre como en el rico, además de pan, consuelo y cariño. Con estas aseveraciones finales lo que pretendían afirmar era que la función social de los sacerdotes no estaba circunscrita al ámbito de las sacristías, como pretendían los socialistas. Al contrario, su más alta labor era la de servir y tutelar a los pobres, a los que se les debía recordar que la felicidad se encontraba en el cielo y no en la tierra.

A modo de conclusión. continuidad de “frente al socialismo”: “cartas a un católico”

Ningún autor está al margen de su tiempo, de las polémicas que en su tiempo concreto se cuecen. Esta afirmación, repetida en innumerables ocasiones por los historiadores, sirve de arranque en cualquiera de las consideraciones que queramos establecer en torno a la actividad pública de Domingo Doreste. Los artículos que publicó bajo la consabida fórmula de “Frente al socialismo” son un ejemplo más de la exploración intelectual a la que sometió su período histórico.

En 1925 Doreste retomó el difundido debate que, desde la primera década del siglo xx, iniciaron autores como Unamuno u Ortega en el ámbito nacional y Baltasar Champsaur Sicilia, entre otros, en el insular, sobre la conveniencia de elevar la política y la filosofía socialistas, cargadas de justicia social y cultura, al poder de la maltrecha nación española. En puertas de la II República sólo Doreste demostraba que no se había enfriado del todo su afinidad al ideario socialista, como sí le había sucedido a algunos de los autores citados. Lo podemos advertir si leemos sus “Cartas a un católico”, publicadas en el diario *El País*, de Las Palmas de Gran Canaria, durante los meses de febrero y marzo de 1931 y reeditadas este año 2000 por el Instituto de Estudios Canarios, en la Universidad de La Laguna.³⁶

En las “Cartas” volvió a denunciar la institucionalización en la que vivía la cristiandad española, el miedo atroz que sentía ante cualquier alteración que amenazara con malograr el orden social establecido y la ceguera voluntaria que padecía respecto al socialismo y que le impedía ver el fondo de justicia social que encerraba su verdadera alma. Sin embargo, su lealtad al socialismo no le impidió, como le sucedió asimismo a Unamuno, rechazar su falta de contenido moral y religioso. Y todo esto porque, junto al socialismo y no frente a él, Doreste defendió el universalismo cristiano.

NOTAS

- ¹ DORESTE, D. “Frente al socialismo. Apuntando yerros”, *Diario de Las Palmas*, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de enero de 1925.
- ² GARCÍA MARTÍN, M.C “Domingo Doreste y Claudio de la Torre: un diálogo crítico”, *Estudios Canarios*, XLIII, 1998, p. 93.
- ³ MATEOS CALVO, P. “La presencia socialista en el Ayuntamiento de Las Palmas: 1920-1936”, *XI Coloquio de Historia Canario-Americana (1994)*, T. I, Las Palmas de Gran Canaria, 1996. pp. 519-532.
- ⁴ SUÁREZ BOSSA, M. “La sociabilidad en Canarias en el primer tercio del siglo XX. Auge del asociacionismo popular”, *El Museo Canario*, nº L, 1995, pp. 203-257.
- ⁵ MILLARES CANTERO, A. “Anticlericales, masones y librepensadores en Las Palmas de Gran Canaria (1868-1931)”, *Almogarén*, nº 22 (98), pp. 105-141.
- ⁶ DORESTE, “Frente al socialismo. El órgano del clero. ¿Quedamos en algo?”, 26 de enero de 1925.
- ⁷ FRAY G. M., “¿Es lícita o ilícita la huelga? V”, *El Defensor de Canarias*, Las Palmas de Gran Canaria, 30 de enero de 1925.
- ⁸ “Frente al socialismo. El órgano del clero. ¿Quedamos en algo?”, *art. cit.*
- ⁹ “El epílogo de una polémica. Apostillas cortas a unos artículos largos”, 17 de febrero de 1925.
- ¹⁰ “Frente al socialismo. El órgano del clero. ¿Quedamos en algo?”, *art. cit.*
- ¹¹ *Íbid.*
- ¹² “El epílogo de una polémica. Apostillas cortas a unos artículos largos”, *art. cit.*
- ¹³ “Frente al socialismo. La actitud del clero. ¿En qué quedamos?”, 16 de enero de 1925.
- ¹⁴ *Íbid.*
- ¹⁵ DORESTE, “En auxilio de Rusia. Pronto, muy pronto”, *La Jornada*, Las Palmas de Gran Canaria, 20 de febrero de 1922.
- ¹⁶ ORTEGA Y GASSET, E. “Piedad española. Causas del hambre en Rusia”, *El Tribuno*, Las Palmas de Gran Canaria, 5 de marzo de 1922.
- ¹⁷ RIAL, J. “¡Caridad!””, *La Provincia*, Las Palmas de Gran Canaria, 22 de febrero de 1922; Francisco González Díaz, “Hermano, llaman a tu puerta”, *La Provincia*, 15 de marzo de 1922.
- ¹⁸ “Para los rusos hambrientos. Fray Lesco recoge donativos por valor de 367 pesetas”. *El Tribuno*, 4 de abril de 1922.
- ¹⁹ “De la campaña pro-Rusia. ¿Cómo se entiende?”, *El Tribuno*, 22 de marzo de 1922; “¡¡La verdad!! El dinero para los hambrientos rusos”, *La Crónica*, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de marzo de 1922.
- ²⁰ “Frente al socialismo. La actitud del clero. ¿En qué quedamos?”, *art. cit.*
- ²¹ “Mentalidad decrepita. Renovémonos”, 28 de enero de 1925.
- ²² *Íbid.*

²³ *Íbid.*

²⁴ *Íbid.*

²⁵ *Íbid.*

²⁶ “Frente al socialismo. Apuntando yerros”, *art. cit.*

²⁷ “El epílogo de una polémica. Apostillas cortas a unos artículos largos”, *art. cit.*

²⁸ “Frente al socialismo. Apuntando yerros”, *art. cit.*

²⁹ *Íbid.*

³⁰ “En defensa de la verdad. Aclaremos conceptos”, *El Defensor de Canarias*, 22 de enero de 1925.

³¹ “Nuestra actitud. Aclaremos conceptos”, *El Defensor de Canarias*, 4 de febrero de 1925.

³² *Íbid.*

³³ En el artículo del día 4 de febrero de 1925 se indicó que, en 1924, la Conferencia de San Vicente de Paul había invertido en limosna quince mil pesetas.

³⁴ “Nuestra actitud. Aclaremos conceptos”, *art. cit.*

³⁵ “La Secretaría de Estado de Su Santidad publicó en abril último informes de los que resultan que 13 religiosos con 1.700 empleados rusos, distribuían alimentación diaria en 124.400 personas en 275 cantinas, instaladas en parajes estratégicos. En mayo aumentó el número a 131.935, y remitieron 2.000 fardos de víveres a necesitados que residían en pueblo de difícil comunicación. La cantidad invertida en ropas y calzado, pasó de dos millones de libras y en más de un millón la empleada en medicamentos. Su Santidad Pío XI entregó una vez 2,500.000 liras. La Compañía de Jesús 300.000. Los centros del Apostolado de la Oración, 200.000. Catorce diócesis de Italia contribuyeron con 400.000 y 18 de Francia con 500.000”. (“En defensa de la verdad. Aclaremos conceptos. La caridad de la Iglesia”, 24 de enero de 1925)

³⁶ DORESTE, D. *Cartas a un católico*, edición, introducción y notas de María del Carmen García Martín, Instituto de Estudios Canarios en la Universidad de La Laguna, Tenerife, 2000.